

## art buchwald

### LOS TELEGRAMAS DE NIXON

**WASHINGTON.**—Para mi, lo más interesante en relación con el discurso del presidente Nixon sobre la guerra de Vietnam, fue la gran cantidad de telegramas exhibidos en su despacho de la Casa Blanca. El presidente llamó a los periodistas y a los cámaras de televisión al día siguiente para mostrarles que tenía el apoyo del pueblo norteamericano.

Lo que me sorprendió fue que el presidente recibiera tantos telegramas en tan poco tiempo. Cualquiera que haya utilizado los servicios telegráficos en los últimos años sabe que enviar un telegrama no es problema; el problema consiste en hacer que la compañía lo entregue. He aquí lo que pasa cuando se desea darlo por teléfono a la Western Union:

—Deseo poner un telegrama...

—Bien, ¿cuál es el nombre o teléfono del destinatario?

—¿Para qué necesitan saber el número de teléfono?

—Para comunicarle el mensaje.

—Mire, si deseara telefonarle podría hacerlo yo mismo. Lo que quiero es enviarle un telegrama.

—Lo que nosotros hacemos es llamar al destinatario y, después, le enviamos el telegrama. Lo recibirá unos días más tarde.

—Si yo deseara escribirle le enviaría una carta. Lo que deseo es enviarle un telegrama y que éste le sea entregado.

—Bueno, ¿por qué no lo dijo antes? Lo entregaremos con un suplemento de setenta y cinco centavos.

Ahora bien, yo no estoy atacando a la Western Union por irar de hacer un bonito negocio con el reparto de telegramas. El rápido mensajero uniformado es cosa del pasado y la Western Union probablemente gana más dinero vendiendo bombones por telégrafo que enviando mensajes personales; lo que estoy tratando de investigar es cómo se las arregló el presidente Nixon para que la Western Union entregara los telegramas el mismo día sin cobrarle a cada cliente setenta y cinco centavos extras. Lo que posiblemente ocurrió fue que al terminar el discurso recibió una llamada telefónica de este estilo:

—¿Es el presidente Nixon?

—Sí, soy yo.

—¿Cuál es su nombre, por favor?

—Ricardo. La inicial del segundo es M.

—Tenemos un telegrama para usted. ¿Se lo leo?

—Sí, por favor.

—"Apoyamos cordialmente su maravilloso discurso, que da aliento a la Gran Mayoría Silenciosa. Manténgase firme".

—Maravilloso. ¿Quién lo firma?

—Julia y David.

El presidente cuelga. De nuevo suena el teléfono.

—¿El presidente Nixon? Hay un telegrama para usted.

—Léamelo.

—"Ha dado usted su merecido a los 'snobs' estériles, a las manzanas podridas. Rezo por usted. Afectuosamente, Spiro".

Durante toda la noche estuvo sonando el teléfono. El presidente, su esposa y su hija Tricia iban transcribiendo los telegramas. Terminaron agotados. Así que Nixon convocó al Consejo Nacional de Seguridad y sugirió al secretario de Justicia que la Western Union enviara los telegramas a la Casa Blanca, en vez de darlos por teléfono, a pesar de que la mayoría de los remitentes no habían pagado los setenta y cinco centavos extra. La compañía le pidió que no dijera esto último, pero se olvidó de su promesa en una rueda de prensa. Ahora la compañía está en un aprieto, porque la Gran Mayoría Silenciosa ha descubierto que puede enviar un telegrama para que llegue en el día sin pagar los setenta y cinco centavos extra. Y esta es la primera gran conquista que la Gran Mayoría Silenciosa ha realizado en muchos años.

(Copyright 1969. The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)



JUAN ANTONIO BARDEM, PRESIDENTE DE LA A. S. D. R. E. C.

res, directores, guionistas, actores, técnicos, etc.) en tanto o como representantes de sus grupos técnicos. Y por lo que a nosotros, directores, concierne, no será que no se ha pedido. (...) A este respecto hace falta subrayar que en ningún país del mundo las comisiones existentes toman sus poderes del poder legislativo. Siempre es el poder ejecutivo el que las nombra. Este tribunal —que no es nunca elegido, sino nombrado— juzga y condena esa "persona moral" que es la obra de arte cinematográfica según simples criterios, a menudo criterios personales, de casta, de religión, de partido o de razones de Estado, pero nunca según leyes dictadas por

el poder legislativo. Además, y violando todos los principios elementales de derecho, este tribunal, a la vez casi clandestino y perfectamente ilegal dentro de un esquema democrático, juzga sólo las intenciones y nunca los hechos, ya que la obra de arte comparece ante él antes de mostrarse a cualquier otra mirada. La película no es juzgada (absuelta y condenada) sobre los hechos (beneficiosos o nocivos) de los que eventualmente se le podría hacer responsable, sino sobre los que eventualmente es susceptible de provocar. Aquí empieza el delito de intención, esa noción jurídica que vapulea veinte siglos de civilización.

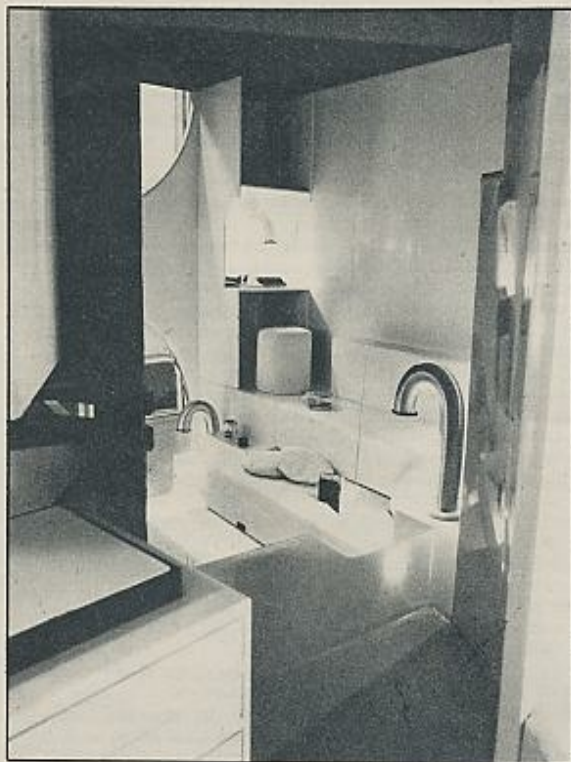
### La revolución cultural de HOGAROTEL

Especializada en madrigueras (el hogar y el hotel), esta exposición barcelonesa tiene buena cantidad de alicientes culturales en el contexto de la precaria civilización de consumo nacional. Desde tostadores de pan, hasta máquinas segadoras de césped; desde complejos minigitoriales para establecimientos públicos, hasta bidets con surtidor (no necesariamente luminosos), toda la gama del utillaje apto para madrigueras confortables está presente en las muestras de Hogarotel. Y cada año se reservan secciones predilectas para el escaparate de lo más especulativo del diseño industrial nacional: por una parte, la exposición-concurso de los premios ADI-FAD; por otra, algún que otro alarde de montaje, que este año se ha manifestado a través de la realización de distintos proyectos de habitaciones hoteleras. La preocupación por el diseño industrial no es un hecho cultural reciente en España. Sus orígenes hay que buscarlos en aquellas promociones de jóvenes arquitectos racio-

nalistas que se presentaron con un cierto empuje de promoción coherente allá por los años treinta. Después de la guerra civil, el diseño industrial era una temática casi tan exótica y alarmante como el sufragio universal o la palabra sobaco, sañadamente perseguida por los censores de turno en todas las obras literarias sometidas a su consideración. La conversión de un pueblo de agricultores, pastores, inmigrantes, fuerzas armadas, chicas de servicio, limpiabotas, cerilleros, extremos derecha (Epi, Basora, etcétera), bailarines de tación y campesinos de billar en un pueblo de diseñadores industriales, pasa por la sorprendente puerta estrecha del Plan de Estabilización. A partir de 1960, el tema del diseño se generaliza dentro de las tribus profesionales arquitectónicas que promocionan la expresión: **arquitectura del objeto**. Ahora, cada año, en Hogarotel, un jurado distribuye los premios ADI-FAD. En esta ocasión el jurado tenía una solvencia realmente europea: Joe Colombo, por Ita-

lia; Dieter Ram, por Alemania, y André F. Ricart, por España. El jurado este año ha hecho preguntas muy minuciosas a los optantes a los premios: «¿Por qué ha puesto usted un tornillo de este tamaño?». O bien: «¿A qué precio puede comercializarse este modelo?». Racionalización y comercialización, dos requisitos indispensables para el diseño industrial sometido a los imperativos del mercado. Los concursantes son casi los mismos de año en año: el pionero Miguel Milà presenta un sillón tubular y una mesa de jardín; el supertecnológico Blanc presenta lámparas y sillas amontonables; Tusquets y Clotet, la colección editorial «Cuadernos ínfimos», diseñada por ellos; Pep Bonet ha obtenido el Premio de la Crítica con un sillón de estructura metálica, flexible y tapizado en piel sintética. Se trata de una de las piezas más interesantes aportadas por esta muestra desde su nacimiento. El diseño de Bonet es desacralizador. Ningún «pater familias» puede ejercer la patria potestad desde un sillón de este tipo; es un sillón muy cómodo, pero desprovisto del napoleonismo que aún conservaban piezas «hits» del diseño moderno,

postvictoriano que ha caracterizado las mejores decoraciones de la alta burguesía. Si estas líneas especulativas le indignan, más le indigna el proyecto presentado por los arquitectos Viaplana, Piñol y Mora y el aparejador Francesc Serrahima a la muestra de habitaciones hoteleras. A través de un ojo de cristal, el público contempla la indignante habitación llena de desniveles, enteramente tapizada de charol blanco, con camas utilizables como asientos, aunque de noche recuperen la consistencia rectangular de altares del himeneo. Le indigna el que los pobladores de la extraña pecera puedan sentarse en un rincón normalmente destinado a techo de armario o a jarroncito de Talavera. Le indigna que para poder visitar la pecera le obliguen a descalzarse. Le indigna que los armarios sean de tela con cremallera y que las lámparas sean extraños tubos dirigibles de cartón y amianto. El especial revestimiento de estas paredes hace placentero el acto de rozar las paredes con los hombros o los codos. Esta placenta propicia convierte en diversión y en autoespectáculo el habitar una supuesta habitación hotelera. El pú-



incluso del mismísimo sillón del americano Charles Eames.

Ante estos diseños desacralizadores de las convenciones visuales del público que va a Hogarotel a ver lavadoras, se suscita una reacción de asombro con más o menos dosis de indignación. El código visual del público medio está educado en la nostalgia del confort

blico pasa del molinillo de café a esta habitación o al sillón de Bonet con la misma sensación de injuria con que pasa de una comedia americana de Blake Edwards a «La madriguera», de Saura. Es algo más que contraste de pareceres. Si Dios no lo remedia, la revolución cultural ya está entre nosotros. Nadie sabe cómo ha sido.

## Crónicas de la Era Lunar

El "Express" de esta semana ha salido en los quioscos anunciado por este afiche de grandes resonancias malthusianas: "Superpoblación: La humanidad corre hacia su pérdida".

Para evitar tan sombrío porvenir (y dejando aparte la solución lunar, que se está ensayando con evidente precipitación) se conocen tres soluciones principales: el control de nacimientos (que es la de Malthus), la guerra termonuclear y los gases de escape de los automóviles.

Pese a que se reconoce en general la eficacia de estas tres soluciones, sobre todo la de la última, un profesor inglés propone para mayor abundamiento (en fin, para menor abundamiento...) una cuarta: el canibalismo.

Cuando el doctor Pyke, del Instituto Real de Londres, hizo, hace unos días, la apología del canibalismo en su memorable conferencia "Alimentación y Sociedad", no pretendió, seguramente, salvar la especie de la amenaza de la superpoblación. Quiso tan sólo, con la proverbial modestia de los científicos, contribuir de una manera razonable a la solución del problema alimenticio. Pero está claro que la cosa iba mucho más lejos.

El doctor Pyke dijo que la aversión que suscita el canibalismo es uno de tantos tabús que paralizan a una humanidad oscurantista, y que ya va siendo hora de desembarazarse de él por el bien nutritivo de la especie. Recordó que, durante la última guerra, él había inventado un procedimiento de fabricación de salchichas a base de sangre humana, para aliviar a los ciudadanos ingleses de los rigores del racionamiento. Desgraciadamente, para los sitiados ingleses, su proyecto se estrelló contra la incompreensión del ministro de la Alimentación, lord Woolton. Las autoridades, ya se sabe.

El doctor Pyke, del Royal Institute, considera tal actitud a todas luces escandalosa e hipócrita, tanto más cuanto que hoy día todo el mundo acepta sin el menor aspavento la sangre completamente cruda de un semejante si se la dan con una jeringuilla, mientras que él la propone cocidita y bien condimentada en forma de estupendas salchichas.

Los argumentos del profesor Pyke me parecen perfectamente irrefutables. Donde esté una buena salchicha de semejante con un buen tinto del país, que se quiten

## DEFENSA DEL CANIBALISMO

Por PABLO DE LA HIGUERA

los sucedáneos, tales como el "cristiano a la jeringuilla" o el "corazón a la Barnard". Ya Swift, en su "Modesta proposición para evitar que los niños pobres de Irlanda sean una carga para sus padres y para su país y puedan ser útiles a la colectividad", demostró con excelentes recetas de cocina al canto, que un canibalismo bien digerido sería altamente benéfico para el metabolismo general del país. Pero, como era un humorista, no se le hizo caso, y el resultado ha sido que, doscientos cincuenta años más tarde, Irlanda sigue con todos sus problemas a cuestas.

Uno no comprende, en efecto, los melindres y tiquismiquis de la gente para aceptar tan lógica solución al problema de la escasez de alimentos ante el aumento galopante de la población mundial. Tanto escrupulo moral para comerse a un ciudadano es ridículo, cuando se acepta tranquilamente que se le mate, y que se le mate, incluso, en manadas, sin que su carne sea aprovechada en absoluto. ¡Cuánto desperdicio! Lo que propone, en realidad, el doctor Pyke es sustituir el B-52 por la escopeta de caza, de modo que una buena perdigonada por pieza baste y el asunto se justifique por el hecho sencillo y elemental de que ya es mediodía y no hay nada que echar a la cazuela, en vez de buscar otras explicaciones complicadas y más discutibles.

Que los hindúes no se coman con arroz, no ya las célebres vacas sagradas, sino unos cuantos maharajás y diputados también sagrados me parece admirable y sorprendente. Una noble necesidad primaria como es las ganas de comer explicaría el histórico fenómeno de la liquidación de un semejante mucho mejor que la extraña conducta de esa unidad del ejército norteamericano —y ustedes perdonen la forma de señalar, pero es que es la última barbaridad que hemos leído— que se cepilló en una aldea del Vietnam a unas quinientas personas desarmadas, incluyendo viejos, mujeres y niños. Es cierto que defendían la civilización cristiana y occidental, pero con todo y eso. Si defendieran, simplemente, el estómago, o sea, un hambre irresistible que les impulsara a comerse a los vietnamitas, el hecho estaría más justificado.

Creo, mientras no se demuestre lo contrario, que Swift, el doctor Pyke y yo tenemos razón.

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, Luis Carandell, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla, Manuel Vázquez Montalbán. FOTOS: Europa Press, Clifa y Archivo.